CULTURA LIBERTARIA

Año III.--Núm. 60 | BARCELONA, 3 DE ENERO DE 1933 | Redacción y Admón.: Ronda S. Pablo, 49, pl.

AL CONTINUAR

La Era del sindicalismo

Cuando al impulso de nuestras inquietudes salta una idea o una nota más acerada que de ordinario, los adversarios se enfadan. Cierran los ojos a la realidad, no quieren ver nuestra situación y a cualquier gesto se corresponde con la cantinela de siempre: ambigüedad o mala fe a la disonancia de conceptos; traición, a la salida de los cánones inlangibles y a la negativa de las utopías de fácil construcción, pero de un inmediato irrealizable. Por extraña paradoja, somos tildados de apáticos, de contemplativos, cuando acuciados por las múltiples manifestaciones de la vida y del ambiente, no podemos adaptarnos a una acción simple, de dirección única, de sentido unilateral que podrá responder a un objetivo, mas no a las exigencias varias y precisas de los objetivos múltiples de la revolución social.

No quiere verse la profunda inquietud nuestra ante la falta de aprovechamiento de todas las posibilidades de la organización confederal para satisfacer los anhelos de transformación económica y social que por todas partes se siente y se manifiesta.

Todo se concita y colabora para que la pugna entre el pasado y el porvenir se resuelva en nuestros días: el fervor de la juventud pletórica de energías y firmemente confiada en el futuro, libre de las injusticias y arbitrariedades del presente, y el declinar rápido de la organización capitalista y estatal, incapaz ya de resolver ni aun los problemas mínimos.

¿Adónde vamos? ¿Qué puede salir de esta hora decisiva que está al llegar?

Las revoluciones son el crisol donde se funden las ideas, los sentimientos, ilusiones, esperanzas y todo cuanto es capaz de mover la sensibilidad y la inteligencia de los hombres, todo lo que puede remover las ansias dormidas de los pueblos. Todos los elementos en fusión por la revolución de nuestro tiempo, ¿en qué molde se vaciarán?

¿Qué fuerza social modelará mejor las formas del vivir futuro? ¿Qué idea puede interpretar más justamente las exigencias del humano sentir?

Un ideal, el de la Anarquía, y una forma concreta de realización social, el comunismo libertario, son el impulso que mueve a los pueblos.

Una, y es única la fuerza social existente capaz de organizar la producción y las relaciones sociales, para que una y otras respondan a las exigencias materiales de la colectividad y a la satisfacción de las actividades morales del individuo: los trabajadores.

¿Qué idea es el motor? La seguridad de que para trabajar no es necesario el patrono, el propietario, ni para la fraternidad entre los pueblos la existencia del Estado.

Es el ideal anarquista que se vierte sobre las multitudes influenciándolas con su certera concepción de la vida y determinándolas a avanzar para ir logrando, a cada momento, la traducción en goce de los ofrecimientos de la civilización: técnica y cultura.

El molde que dará forma a los materiales fundidos por la revolución, será el elaborado por el sindicalismo revolucionario, orientación del anarquismo y base de su interpretación económica.

El desenlace del drama que vivimos en el caos económico y social, habrá de ser la revolución que dará paso al comunismo libertario. Pero este desenlace tiene una visión de totalidad, se refiere a la subversión de los valores actuales en todo el mundo capitalista, a la destrucción de los estrechos marcos de la economía universal. Pero, ¿es que la revolución social no distinguirá de tiempo y lugar y se producirá al mismo compás en todos los Estados? ¿Al mismo día, o si quiera al mismo año, todos los pueblos se levantarán para acabar con las diferencias de clase?

No ocurrirá así. El observador, que olea el horizonte internacional, ve, sí, el avance rápido de la revolución, pero observa que los ensayos, tanteos y pruebas que se realizan, tienen amplitud e intensidad distintas y que las convulsiones insurreccionales no serán un hecho general mundial, sino que formarán una larga serie en la que irán entrando los Estados, uno tras otro, y con el tiempo.

Iberia, ¿será uno de los pueblos elegidos para iniciar las formas nuevas de la economía libre? Puede serlo aún; pese a todo, puede serlo.

Nuestra revolución, la transformación de nuestra organización social, política y económica, como una de las primeras que se realice, ha de tener características especiales. Nuestro suelo, el desarrollo de las industrias, el grado de nuestra cultura, nuestra educación social, ¿permiten organizar la sociedad para que ésta (los españoles, y tal vez los lusitanos), pueda vivir con toda su pureza las fórmulas del comunismo libertario?

Dos problemas ha de resolver la revolución española. Uno será la insuficiencia de materias primas y de productos manufacturados indispensables a las necesidades materiales, y otro el de defensa del nuevo procedimiento instaurado, frente al ataque del capitalismo internacional.

En estas condiciones, determinados por la intensísima acción en el interior al objeto de evitar el hambre (hecho que actualmente apenas evitamos) y elevar el nivel de vida, y la determinada por la defensa de nuestra independencia revolucionaria y nuestra organización de la producción y relación social, ¿permitiría disfrutar con toda su pureza de las normas del comunismo libertario?

La interdependencia económica de las distintas regiones de la tierra, demuestra que únicamente con un régimen político-económico basado en un mismo principio pueden los pueblos satisfacer las necesidades materiales y satisfechas éstas, ser políticamente libres.

No hay región, ni Estado, que pueda abastecerse a sí mismo económicamente; no hay, ni puede haber, ninguna nación independiente.

Cada Estado, al iniciar su transformación, no podrá atender a las ideas, sino que habrá de hacerlo a las realidades, y éstas, hoy, dicen que para la vida material, la organización sindical, el sindicalismo revolucionario, se basta a sí mismo y que tiene ideas propias que el anarquismo le ha sugerido y que pueden ser norma general para la organización social futura.

Y quiérase o no (nosotros, así lo entendemos), el sindicato y la federación industrial; el municipio social y la federación municipal, serán los ejes sobre los que girará la producción, distribución y consumo (economía) y el desarrollo moral de hombres y pueblos (vida social).

Estamos en la Era del sindicalismo, vamos todos a la transformación social y estamos de acuerdo en esto último.

Pero el problema de la transformación nos ofrece este hecho. Esperar a que todos los pueblos reúnan las condiciones precisas e iniciar la revolución social universal, para la implantación del comunismo libertario o bien que cada pueblo aproveche las posibilidades que tenga para que destruídos la Propiedad y el Estado, organice su economía particular con vista a la revolución universal y a las exigencias materiales y morales de los pueblos y de los individuos en cada región geográfica o política.

RICARDO FORNELLS

Ateneo Sindicalista Libertario

CURSOS PARA EL MES DE ENERO

«Història de les doctrines econòmiques».—Señor Folch Capdevila.

4 enero, de 7 a 8:

«L'economia política fins el segle XVIII».

∴

«La societat i les ideologies socials.»—Señor Cañadas.

3 enero, de 9 a 10:

«Els conceptes històrics d'home, de Societat i Estat».

AFIRMACIONES

Del enemigo, el consejo

Si alguna duda pudiéramos tener de la necesidad de mantener como bandera de combate la independencia del movimiento sindical, la desvanecería en absoluto, rápidamente, la actitud que adoptan quienes se declaran a sí mismos adversarios de nuestro punto de vista.

Por mantener éste se nos ha llevado y traído como muñecos con los que se juega a placer. Se nos ha dicho de todo. Y como si fuera la mayor de las ofensas, se nos ha tachado de «sindicalistas puros». A fuer de sinceros, confesamos que no sabemos qué quiere decir esto de «sindicalista puro». Como tampoco sabríamos qué quiere decir «anarquista puro», o «comunista puro». Salvo que esto de «puro» se entienda por honradez, seriedad o algo parecido. Si no es así, no lo entendemos.

Por nuestra parte, cuando hemos hablado de la independencia del movimiento sindical para enfrentarse con la burguesía y el Estado en una lucha desesperada, a muerte; cuando reclamamos para el sindicalismo y para los Sindicatos el papel histórico que su existencia les otorga, sólo tenemos presente las enseñanzas de los acontecimientos diarios y la conducta observada por los mismos que nos combaten.

Hay un aforismo, que es con el que encabezamos estas líneas, «del enemigo, el consejo», que aunque no parezca aplicable a la cuestión pendiente de litigio, lo es perfectamente. Y vamos a demostrarlo.

Nosotros propugnamos por la independencia sindical. Queremos que los Sindicatos, en este caso la Confederación Nacional del Trabajo, actúen libres de toda tutela, al margen de todo partido político, la F. A. I. entre ellos.

A esto se responde que no sabemos lo que decimos. Que nuestra pretensión es insostenible. Llegando, incluso, para demostrar nuestro error, a decir que no sólo no pueden los Sindicatos por sí solos jugar un gran papel en la lucha de clases y en la obra transformadora de la Sociedad, sino que están incapacitados para hacerla. Se llega a más. Se llega a decir que al día siguiente de la revolución los Sindicatos deben desaparecer.

El razonamiento de nuestros adversarios es por demás peregrino. Según ellos, los Sindicatos representan muy poca cosa por sí solos en la lucha de hoy y en la obra de la revolución. Y a renglón seguido de haberlo dicho y afirmado, ponen en práctica todos los medios imaginables para apoderarse de los Sindicatos y utilizarlos en beneficio de su obra. ¿Cómo se explica esta contradicción? Si no tienen valor, o si el valor que tienen es tan relativo, ¿por qué queréis apoderaros de ellos? Dejadlos. Abandonadlos. ¿Para qué los queréis? ¡Ah!, ya; sí. Los queréis para que os sirvan de trampolín. Para que, empujados en ellos, leguéis a donde vuestras ambiciones os lleven. No está mal el truco. Sería perfecta vuestra suposición, si no fallara por la base.

Quien no crea en la utilidad de una cosa, no debe esforzarse en poseerla. Pues el tiempo empleado en conseguirla puede aprovecharlo en captar cosas de más utilidad.

Ayer, hoy y mañana, vemos que sucederá lo mismo. Ayer, los liberticidas de todas las escuelas y tendencias, quisieron al pueblo, lo mimaron y sedujeron para subirse a sus espaldas. Siglos ha durado la comedia, y si cambiaron los personajes que salían a escena, la comedia representada era siempre la misma.

Hoy sucede algo propiamente igual. En estos tiempos de democracia, de liberalismo y de todos los «ismos» hábidos y por haber, sucede algo parecido. A Juan Pueblo se le mima, se le llama: se le acaricia; pero es para esquilmarle mejor.

No es la dialéctica, por florida que ella sea, la que puede hacernos caer en el engaño. No son las promesas, por fáciles que se nos presenten, las que pueden cegar nuestra razón. No son los sofismas, por floridamente que se nos presenten, los que pueden desviarnos de nuestro camino. De todo esto sabemos cuanto se nos quiera decir. ¡Si durante siglos no se ha dicho otra cosa! ¡Si esos han sido los oplos con que se ha adormecido al pueblo, a la clase trabajadora para esquilmarla!

Los Sindicatos son hoy el arma más poderosa que tienen los trabajadores para la defensa de sus intereses. Ni partidos republicanos, ni partidos socialistas, ni partidos comunistas, ni grupos anarquistas han hecho nada en ese sentido. Cada uno de esos partidos han ido a lo suyo, a lo que les compete e interesa. Se han preocupado, con justa razón, no obstante, de sus aspiraciones partidistas o programáticas y no de lo que directamente interesaba a los trabajadores. Y si se han acercado a éstos, ha sido para captar individualmente a los que pudieran y para aprovecharse de los demás hasta donde lo toleraran. Porque el caso es, y cada día se evidencia más, que raramente las organizaciones sindicales van a intervenir en las cosas de los partidos políticos, mientras que éstos, todos sin excepción, desde los católicos hasta los anarquistas, han intentado siempre intervenir en las cosas de la organización. ¿Por qué esta diferencia? Porque aquéllos siempre necesitan de ésta y ésta, raramente necesita de aquéllos.

Y si no hubiera otros muchos casos que pudieran citarse, bastaría ese para demostrarnos a todos que la organización sindical tiene un valor insuperable, y que el sindicalismo, la interpretación de las luchas sociales a través de la actuación de los trabajadores en sus organismos de clase, es algo tan sólidamente afirmado, que para destruirlo haría falta algo más que esa dialéctica con que se le ataca.

Sigamos firmemente nuestro camino. Sostengamos la independencia sindical frente a todos los intentos de servidumbre. Proclamemos alto, bien alto y recio, que no sólo es la organización el mejor instrumento del trabajador para luchar con ventaja contra la burguesía y el Estado, sino que mañana, cuando la revolución social se haga, al día siguiente que ésta triunfe, si ha de triunfar y sostenerse después, ha de ser mediante la intervención activa de los Sindicatos en la magna obra de crear el nuevo estado de cosas que reclamará la posrevolución. Sostengámoslo así, y firmes en esa idea, trabajaremos activamente por la organización de todo el proletariado. Y los partidos que quieran, socialista, comunista o anarquista, que contribuyan a la labor, pero sin otorgarse el papel de dominio. Que es un tanto repulsivo.

A. PESTAÑA

EL PLEITO FERROVIARIO

Las notas que publican los órganos locales de la F. N. I. F. dan a conocer la disposición de los obreros ferroviarios a defender las peticiones elevadas a las Compañías y al Gobierno. Por ellas se revela el proceso evolutivo del entusiasmo y de la actividad desplegada en las últimas semanas y se augura las proporciones que adquirirá el conflicto, toda vez que el Estado está dispuesto a resistir con todas sus fuerzas a las exigencias de la miseria, del hambre, de nuestros camaradas.

El Comité central de la F. N. I. F., por su parte, ha contestado al discurso del ministro de Obras públicas, Indalecio Prieto, en el Parlamento sobre las reclamaciones obreras, con un manifiesto documentadísimo, rebatiendo todas las afirmaciones oficiales y justificando plenamente las decisiones del Congreso ferroviario.

Es cosa reconocida por todos que la campaña debió empezar por ese manifiesto, que descubre la organización administrativa de las Compañías, la merienda de negros de los Consejos de Administración, los sueldos fabulosos del personal llamado técnico y el sublevante contraste que ofrece con el cuadro de salarios del personal, que sostiene con su miseria la posición extraordinaria de esos tipos. El discurso de Prieto en defensa de las Compañías y de sus compadres los altos cargos administrativos, queda pulverizado. La acción de los socialistas en el Gobierno de la República burguesa, ha sufrido un golpe mortal. Nuestros lectores sabrán excusarnos por no reproducir el manifiesto, que bien lo merece, por haber sido publicado en el órgano confederal «C. N. T.» y en hojas volantes.

La situación, pues, de nuestros camaradas, queda plenamente justificada y definida. Es hora de que en ferrocarriles se ganen jornales que aseguren el pan de los trabajadores, al igual que se procura hacerlo en las demás industrias del país; que se trabaje la jornada legal de ocho horas, mientras un nuevo avance colectivo del proletariado español no disminuya la jornada a seis horas, como medida encaminada a acabar con el paro forzoso y a limitar el tiempo que estamos sometidos al proceso de la producción, en beneficio de la libertad individual; a que desaparezca el humillante privilegio de quienes, colocados a la cabeza de las organizaciones industriales de la burguesía, tienen el cinismo de negar salarios de ocho o diez pesetas a las familias proletarias.

Los ferroviarios irán a la huelga, porque en ello compele la cerrilidad de la democracia gobernante y de sus dirigentes, los Consejos de Administración de las Compañías ferroviarias. Sin esa resistencia, colocándose en un plano que permitiera las negociaciones entre ambas partes, estamos seguros que la F. N. I. F., por ahora, no se lanzaría al movimiento, esperando para ello, y en lucha definitiva contra el régimen, a integrar en sus filas la enorme masa de los obreros del carril—de 130,000 a 140,000, según declaración oficial, agrupados en diversas organizaciones—, y que tienen iguales intereses de clase y sociales por defender.

Por eso, porque el frente de lucha ocupa el área nacional y las consecuencias que de ella se deriven han de alcanzar a todos, a la serenidad y firmeza de los órganos representativos de los ferroviarios, ha de corresponderse por todo el proletariado español con la práctica intensa de la solidaridad.

Los ferroviarios, no deben, no pueden, no irán a la lucha aisladamente, porque sería suicida. La plantearán de un golpe sería suicida. La lanteará de un golpe de ciertos ensayos que les faciliten el camino para el éxito de la paralización posterior. (Téngase en cuenta lo que hemos sostenido en números anteriores.) Pero al plantearla, al suspender un servicio como el del transporte ferroviario, todos debemos colaborar a su triunfo, poniéndonos a su lado, dándole la ayuda que precisen hasta conseguir el triunfo.

La F. N. I. F., representante del proletariado ferroviario confederal, si va a la huelga debe contar con todos nosotros. Es causa de justicia contra la avaricia burguesa y la traición de los redentores socialistas.

La sociedad sin conciencia

El contenido ético, la cantidad de sentimientos de bondad y equidad que hay depositada en la conciencia colectiva, no es cosa que se manifiesta cada día para poderse estudiar y medir.

Quien quiera ver al descubierto la verdad de lo que en riqueza de sentimientos hay depositado en la conciencia social, ha de observar el movimiento de las gentes en solemnidades como ésta de Navidad.

Es en estas fiestas cuando la sociedad, quitándose la careta, se muestra tal cual es a los ojos del observador y por lo tanto, es en esos momentos de sinceridad cuando ha de hacérsele el análisis para sacar verdaderas conclusiones.

Persiguiendo ese objetivo, al obscurecer de la llamada nochebuena, me coloqué en sitio estratégico para ver y oír lo que hacía y decía la gente.

De lo allí visto y oído, saqué una conclusión desoladora...; saqué la conclusión de que entre una burguesa y una cualquier mujer del pueblo, no hay más que una diferencia de posibilidades.

La misma indiferente satisfacción para el hambre del prójimo se reflejaba en el semblante de la burguesa, que llevaba tras de sí a la servidumbre cargada de golosinas y apetitosos manjares, que a la obrera que llevando el cesto repleto y un pollo en la mano, miraba como para hacer envidia a todo quien le ponía los ojos encima.

Ni a una ni a otra les decían nada las caras famélicas de pequeños y grandes, que les salían al paso como para recordarles que el mundo no empieza ni acaba en uno mismo, sino que tiene prolongaciones infinitas.

En estas últimas fiestas de Navidad, enteramente igual que en otras fiestas pasadas, burguesas y obreros se han hartado, han comido cuanto han podido a dos carrillos, sin que llegara a calmar su voracidad la voz de la conciencia, recordándoles que en Barcelona, como en todas las partes del mundo, había miles y miles de seres humanos sin ninguna posibilidad de saciar sus más imprescindibles necesidades.

El individualismo burgués, el brutal egoísmo, expresado en el «sólo por mí y para mí», se ha manifestado una vez más como el solo eje de la conciencia social.

No, no hay un amplio sentimiento de solidaridad; no, no hay un concepto universalista de la vida, y mientras una y otra cosa falte, la sociedad será lo que es: un caos de egoísmos en abierta lucha.

Inútiles las reformas de papel, inútiles las revoluciones en la calle. Mientras las gentes, en su mayoría, no amplíen el área de sus sentimientos solidarios, más allá de la familia o del amigo, no veremos otra cosa que una sociedad sin conciencia, organizando festines y comilonas, a las propias narices de niños y ancianos muriéndose de hambre.

¿Revolución? ¡Oh, sí! Pero primero en las conciencias y en las mentes, que deben y han de ser base de la otra, si no queremos que sea una revolución más.

ANTONIO ANDROMEDA

EN MANLLEU

Gran Mitin de afirmación sindical

El próximo domingo, 8 de enero, a las 10 de la mañana, tendrá lugar en Manlleu un grandioso mitin de afirmación sindical. Hablarán sobre la palabra los compañeros siguientes:

Juan Peiró, Ricardo Fornells, José Rebasté y Ramón Porté.

LOS CURSOS DEL ATENEO

Curso de D. Juan P. Fábregas

Tercera lección: Normas y función de la racionalización.

Habría que preguntarse, en primer lugar, si el espíritu de invención suscita indispensablemente necesidades artificiales, o si no será la necesidad artificial lo que en este caso habrá orientado el espíritu de invención.

Sin poner en tela de juicio los servicios que el maquinismo ha prestado a los hombres al desarrollar ampliamente los medios de satisfacer necesidades reales, le reprochamos el que haya fomentado otras muchas artificiales, el que haya compelido al lujo, el que haya favorecido a las ciudades en detrimento de las campiñas.

HENRI BERGSON

(Les deux sources de la morale et de la religion.)

La estructura del actual sistema económico, llamado capitalista, es tal que obliga a trabajar por la ganancia y sólo por ella. En la lucha incesante de las empresas, ganar sin cesar y cada vez más es para cada una de ellas cuestión de vida o muerte.

Por la primera vez en la historia del mundo se realiza, no como un fenómeno individual, sino como el hecho esencial de toda una civilización, el trabajo por el trabajo, el trabajo fin en sí.

ADRIANO TILGHER

(Le travail dans les moeurs et dans les doctrines.)

El problema de la racionalización es un fenómeno esencial, pero no exclusivamente industrial. El objetivo de la racionalización es eliminar los movimientos inútiles, reducir al mínimo el esfuerzo humano y obtener el máximo de rendimiento en la producción mediante el perfeccionamiento constante de la herramienta, de la máquina. El invento del collerón y de la herradura, en el siglo X, tiene más importancia para el desarrollo de la civilización que todos los sistemas filosóficos griegos y alejandrinos juntos.

El progreso mecánico ha ido eliminando poco a poco la tracción de sangre, hasta llegar incluso a reemplazar el hombre por la máquina. Todo el problema de la racionalización queda planteado en los siguientes términos: la máquina, al servicio del capitalismo, engendra, aumenta y eterniza el *paro forzoso*; la máquina, al servicio colectivo da la humanidad, significaría el *descanso* para el productor y la abundancia sin límites para el consumidor.

En régimen capitalista, la máquina, de auxiliar del hombre se ha convertido en rival de las clases explotadas; rival más terrible que el esquirol, puesto que produce y no consume. La fobia que los braceros andaluces manifiestan por la máquina durante las épocas de recolección es perfectamente legítima, ya que defienden su derecho a la vida. En cambio, el procedimiento de los adeptos de Gandhi, consistente en oponer a la maquinaria y a los cañones ingleses la rueca y el telar primitivo, es absurdo y ridículo, dado lo reducido y lo lento de sus resultados.

Sentimos que la falta de espacio nos impida seguir paso a paso al señor Fábregas en la exposición de su tesis, por lo que nos limitamos a dar las impresiones personales que nos ha sugerido su docta conferencia. Como quiera que nuestro deseo más ferviente es el facilitar a los compañeros estudiosos las indicaciones que les permitan orientarse y documentarse seriamente sobre los problemas que más de cerca interesan al proletariado, vamos a señalarles las obras que tratan acerca de la racionalización.

Uno de los más caracterizados panegiristas de la racionalización y del «paraíso» norteamericano es H. Dubreuil. Dubreuil es un obrero francés que ha pasado algún tiempo en los Estados Unidos con el fin de estudiar de cerca, y como trabajador, la aplicación de los métodos de Taylor a la industria. Producto de sus observaciones son dos libros: «Standards» y «Nouveaux Standards» (Bernad Grasset, editor), en los cuales sostiene un punto de vista excesivamente unilateral, mirífico e hiperbólico. La tesis adversa a la racionalización se halla expuesta por Erembourg, Duhamel, J. A. Mac Donald.

E. Erembourg, en su libro—que todo trabajador debe leer—«Citroen 10 HP.», es el genealogista del automóvil. Su descripción de las condiciones en que se trabaja en la industria racionalizada: automóvil, explotación del caucho, del petróleo, etc., es cosa que hace erizar los cabellos. La narración fría, objetiva de Erembourg confirma la tesis del señor Fábregas de que sólo el estudio de los problemas económicos pueden darnos la clave, el descubrimiento de los hilos que mueven la política mundial. Duhamel, en «Escenas de la vida futura», nos describe los estragos causados en el organismo humano, en el sistema nervioso, por la racionalización, sistema que nos conduciría a una crisis de la personalidad humana. J. A. Mac Donald, en su libro «La desocupación y la maquinaria», traza la requisitoria más formidable que se haya escrito contra la máquina, causante del paro forzoso.

Cuarta y última lección: El humanismo de la Economía Política.

Hasta hace poco—dice el señor Fábregas—, la Economía era una cosa seca, en la que no cabía el alma del hombre. La Economía Política lleva consigo el conocimiento de las demás ciencias. El conocimiento de la ciencia económica no debe ser patrimonio de una minoría especializada, sino que hay que generalizarlo y hacerlo accesible a las masas.

Antecedentes de la Economía:

Antigüedad.—Tanto Platón como Sócrates, creían que la desigualdad nace ya de la naturaleza; partiendo de este supuesto, justificaban la existencia de la sociedad dividida en castas.

Edad Media.—La Economía política propiamente dicha no existía.

Siglo XVIII.—Quesnay sienta las bases de la escuela de los fisiócratas, que acaba en Adam Smith. Los fisiócratas creían que toda la riqueza dependía de la tierra. Quesnay no tenía en cuenta la importancia del factor trabajo; en cuanto a Adam Smith, quizá su penuria económica, que le obligó a vivir apegado a la munificencia de un noble, puso trabas a su libertad de exposición...

El siglo XIX se caracteriza por el apogeo de las doctrinas librecambistas, que culminan en la escuela de Manchester.

Concretamente, estudiar Economía es recoger todos aquellos datos y fenómenos que nos permitan deducir las causas de una situación dada, aventurar juicios sobre la que le ha de seguir. Este procedimiento sirvió para determinar la teoría de las crisis cíclicas, teoría que si antes de la guerra pudo tener algún fundamento, después de ésta ha fallado por completo. No son las matemáticas quienes mandan en el hombre, sino a la inversa. El factor hombre destruye la rigidez del factor guarismo: guerras, revoluciones, huelgas, etc., desbaratan los cálculos mejor establecidos.

Cuando el espíritu del hombre interviene, influye en el proceso de desenvolvimiento de la sociedad.

Si el hombre no conociese la experiencia corruptora del dinero, sería el hombre natural.

Administrativas

Manuel Pérez, Algeciras: El giro que anuncias en tu carta, fecha 12, no lo hemos recibido. Reclámalo. Las listas las publicaremos en el próximo número.

Francisco Elena, Esparraguera: Tienes pagado hasta el número 49 inclusive.

G. Cortés, Valencia: Tienes abonada letra de 150 pesetas.

Lucas Muñoz, Herrera: Tienes pagado número 53 inclusive.

Agustín Rodríguez, Huelva: No te mandé el aumento de ejemplares en el número anterior, por haber quedado la edición agotada.

Se ruega a los compañeros y Sindicatos *que tengan listas* de suscripción en su poder nos las remitan para su publicación.

Rogamos encarecidamente a cuantos nos envían cantidades, nos escriban carta o postal especificando el destino que hay que darles, medio de que la Administración vaya bien y se le evite mucho trabajo.

GIROS RECIBIDOS

Espartaco Puig, Tarrasa, 45 pesetas; V. Galindo, Játiva, 2; Griñó, San Vicente de Castellet, 50'30; Dolores Cano, Limoges (Francia), 3; J. Casino, Badalona, 31; J. Forné, Ripoll, 26; J. Oliver, Cullera, 6; J. Anta, Puerto de Sagunto, 60; J. Santamaría, Villajoyosa, 14; J. Santamaría, Villajoyosa, 9; S. Bejarano, Guareña, 5; M. Molins, Manresa, 22'65; F. Elena, Esparraguera, 14; Muñoz, Huelva, L., 11'75; J. Buenaventura, Gavá, 4; M. Molins, Manresa, 22'65; Alfarache, Los Barrios, 2; L. Muñoz, Herrera (Libros), 17'50.—Suma total: 345'85.

Suscripción a beneficio de CULTURA LIBERTARIA

SUMA ANTERIOR: 1.206'60

Suscripción hecha por unos trabajadores de la casa Juan Giménez (del Ramo del Agua),

J. Triadú, 0'50 pesetas; A. Serra, 0'25; Al Olivé, 0'25 ;M. Marigó, 0'25; R. Rebull, 0'20; J. Noguera, 0'40; J. Capdevila, 1; J. B., 1; F. Lorenzo, 0'25; J. Agustench, 0'25; J. Torras, 0'30; J. Belmonte, 0'30; A. Allozaz, 0'25; J. Muns, 0'30; A. Soulier, 1; S. Franch, 1; M. Darder, 0'50; T. Breda, 0'50; D. Daniel, 0'30; F. Aiguaviva, 0'50; J. Martí, 0'25; L. Dominé, 0'25; T. Oreste, 0'25; M. Termes, 0'25; J. García, 0'50.—Total: 10'80 pesetas.

Listas de Tarrasa

Número 72.—J. Batey, 2; A. Batey, 1; J. Congellas, 1; Bombero, 1; A. Avelino, 2; P. Bellmut, 2.—Total: 9 pesetas.

Número 71.—J. Pujadas, 2; A. Mendiz, 1; Bombero, 1; E. Camps, 2; F. P., 1.—Total: 7 pesetas.

Lista de Igualada

Número 311.—R. Sanarals, 0'50; A. Massana, 1'50; G. Mensa, 1; J. Pont, 1; S. Ramón, 0'50; J. Amalmo, 1; R. Guitart ,1; J. Gener, 0'50.—Total: 7 pesetas.

Listas de Puerto de Sagunto

Número 203.—B. Rodríguez, 1; S. Sebastián, 1; Lozano, 1; J. Lurbe, 1; Anta, 1; J. Ros, 1.—Total: 6 pesetas.

Número 205.—S. Martínez, 1; A. Martínez, 1; A. Alvarez, 1; A. Martínez, 1; R. Moltó, 1.—Total: 5 pesetas.

Lista de Burjasot (Valencia)

Número 309.—M. Palomares, 0'50; E. Canseras, 0'50; H. Palomares, 0'50; F. Palomares, 0'50; A. Palomares, 0'50; A. Torres, 0'50; H. Palomares, 0'50; H. Palomares, 0'50; G. Palomares, 0'50; Un Futuro Palomares, 0'50.—Total: 5 pesetas.

Lista de Barcelona

Sobrante de la Subscripción Flor, 1'75; Daniel Navarro, 0'55; Paré, 0'50; Fernández, 0'50; Peñarroya, 0'50; Ferroviario, 0'70; Isasi, 0'30.—Total: 4'80 ptas.

TOTAL: 1.261'20.

Pro independencia

No es raro hallar entre los trabajadores a quién, imbuido de los prejuicios religioso-estatales, renuncia de buen grado a fiscalizar la labor de Juntas y Comités en su ciega adhesión a lo que cree fuerza todopoderosa, a la manera de una deidad intangible e indiscutible.

Cree el buen socio, en su sencillez, que el solo hecho de abonar una cuota le coloca bajo la protección de una especie de gendarme, que velará por él, resolverá sus pleitos, o cuyas iras aplacará mediante su óbolo.

Cierta clase de compañeros creen que para la causa de la revolución es altamente beneficiosa esta actitud de pasiva renunciación y que la mejor especie de socio es el que «deja hacer» sin ulterior demanda u observación.

Hasta ahora, poco hemos hecho para desarraigar esta mentalidad en los medios confederales; antes bien, lo hemos lamentado pasivamente, sin oposición seria.

Nos engañamos, se engañan lamentablemente unos y otros. Ni el sindicato es una deidad que logre hacer nada que sus componentes todos no sean capaces de hacer, ni es posible lograr frutos de libertad sobre la base inalterable de una sumisión voluntaria o impuesta.

Es frecuente—los obstinados ignoran esto—oír quejarse a un asociado por tal o cual orden de huelga, o acatarla sin entusiasmo, como resignándose a un accidente ineludible del cual no puede zafarse.

Con la práctica exagerada del escamoteo, de resolver sin control directo de las asambleas asuntos que afectan a la masa general de asociados, se logra crear en el seno de los sindicatos dos clases distintas entre sí, a una de las cuales se asigna el papel de mesnada, mientras otra se erige insensiblemente, ante la apatía general y la parcial renunciación de sus consocios, en casta u oligarquía dominante.

Como se carece aún del necesario civismo de confesar abiertamente tales propósitos, sólo una minoría de trabajadores, celosos de su independencia, empieza a levantarse contra este estado de cosas convencional que mina y depaupera el organismo confederal. La mayoría, en su voluntario alejamiento de estas pugnas idealistas, que cree ajenas a sus intereses, deja aún el campo libre a los más audaces o menos dignos, sin pensar que su falta de concurrencia en el pleito deja éste en el aire y se pierde la ocasión—única quizá—de ser el árbitro de sus destinos.

Las represiones gubernamentales dejaron este sedimento pestilente que los anarquistas no *supieron* rechazar; la propensión invencible por la actuación clandestina; forzosa primero para poder subsistir; voluntaria luego, por el simplismo de su mecanismo y no requerir *grandes esfuerzos intelectuales* en sus partidarios, por suprimir de hecho toda *oposición o control serios.*

Ahora bien; ¿puédese prescindir tranquilamente de la opinión confederal en *todos* los asuntos que a ella afectan? ¿Es anarquista, revolucionario siquiera, la anulación, por medio de expulsiones, del criterio no sumiso al dogma?

Creemos sinceramente que no; una actuación con pretensiones libertarias ha hecho el nudo y no es el remedio adecuado cortarlo; hay que deshacerlo, reintegrando a las asambleas sus fueros; reconociendo el error y reintegrándose los grupos a sus cuarteles, que jamás debieron abandonar.

La usurpación de funciones que pertenecen a las reuniones generales, no puede conducir más que a disociar los elementos de los sindicatos o a la indisciplina organizada, hasta lograr la plena independencia de la C. N. T., al recabarla todos sus organismos.

Deben cesar prontamente la convocatoria de reuniones de «militantes» sin esperar que las masas se desentiendan o recuperen por sí mismas su soberanía, por ser una declaración implícita de la inferioridad de los asociados que no son, simultáneamente... «lo otro».

Al evitar, por lo tanto, que la mayoría obtenga la percepción de que, cuando una Junta o Comité olvida el ineludible acatamiento a la asamblea general o reduce ésta a las minúsculas reuniones de militantes, queda roto el pacto y, al recuperar la representación conferida, destituye «ipso facto» a sus pretendidos tutores.

EMILIO VIVAS

CONFERENCIA

El domingo, día 8, y organizada por el Sindicato Unico de Trabajadores de Santa Coloma de Farnés, dará una conferencia nuestro camarada Angel Pestaña.

Para Miguel Terrén, para quien sea y por las veces que convenga

Si dejando algunas veces el tono doctrinal—norma por nosotros seguida, quizá con demasiada frecuencia, porque hacía suponer la existencia de culpa y cobardía donde tan sólo había prudencia y deseos de concordia—, hemos desenmascarado algunos sedicentes rostros de anarquistas, que de la pureza ideológica llevaban solamente el antifaz, cúlpense a sí mismos los interesados, ya que para responder a nuestros razonamientos llamaron constantemente en su ayuda a la insidia, la calumnia y la difamación. Sufrimos primeramente en silencio todo el cúmulo de falsedades que sobre nuestra cuenta se decían por ahí, y cuando habiéndose agotado toda la paciencia que humanamente se nos podía exigir, nos decidimos a revelar cuatro verdades sobre la actuación pública de algunos de nuestros acusadores, siempre nos abstuvimos de generalizar y concretamos el alcance y sentido de nuestras palabras.

Jamás pretendimos que la divulgación de actuaciones pseudo-políticas de ciertos camaradas les incapacitara para el desempeño de cargos representativos de la C. N. T.; lo hacíamos simplemente para demostrar la falsa posición y la poca autoridad moral de quienes calificaban de vendidos, traidores y confidentes a los que discrepaban de sus ideas, precisamente de reciente adquisición, muy distintas de las que aquellos mismos individuos sustentaban diez meses antes. Y esto lo confiesa Miguel Terrén Mañero en su escrito publicado el 29 del pasado diciembre en «Solidaridad Obrera», el cual, pretendiendo ser una autodefensa, en realidad confirma todo cuanto nosotros hemos dicho sobre el tal Terrén.

¿Negar el derecho individual y colectivo a la evolución hacia toda clase de ideas y doctrinas? Pensamos demasiado libremente para tal cosa pretender. ¡Si precisamente combatimos y nos levantamos en contra de esta interpretación del anarquismo, que tiende a convertirlo en coto cerrado, en un cuerpo de doctrina sectario y vulgar al amparo del cual se excomulga a quienquiera no se somete, borreguil o interesadamente—de todo hay en la viña del Señor—a sus mandatos, a menudo más propios de mentes calenturientas y cerebros incapacitados que no de hombres conscientes y responsables! Por eso, cuando empleando un tono doctoral que tan mal sienta a hombres con el historial de un Terrén, éste ha pretendido otorgar patentes de anarquismo, hemos creído conveniente recordarle *algo*, bien poco, por cierto—sabemos mucho *más*—, de sus andanzas políticas.

Nunca afirmamos que Miguel Terrén formara parte del Comité Nacional confederal cuando en «Nueva España» *publicó el artículo, algunos de cuyos párrafos reproducimos*. Pero sí decimos *que formaba parte del Comité Ejecutivo* del Sindicato de Teléfonos cuando se convirtió una habitación de las ocupadas por el Comité Regional en el Pasaje del Reloj, cedida a los compañeros de Teléfonos que tenían el local clausurado, en centro de distribución de un semanario que publicó el ex comandante y diputado señor Jiménez. Desde allí Terrén se cuidaba de mandar dicho periódico político a todos los comités de huelga de Teléfonos que había diseminados por la Península, y a cuantos compañeros de Teléfonos tenían relación con él debido al cargo que ocupaba en el sindicato. Así, pues, Terrén se servía de su situación dentro de la Confederación *para difundir y proteger a una publicación política.* ¿Estamos? Además, el artículo reproducido por nosotros se publicó el 5-10-31, cuando los telefonistas llevaban ya tres meses de huelga, y todo el mundo conoce la parte preponderante que Terrén tuvo en la orientación de aquel conflicto. Su evolución, pues, no nos impide poder afirmar que cuando fué uno de los directores del movimiento de Teléfonos era político o politicastro y partidario de la colaboración de clases. Otro ejemplo que confirma lo que nosotros hemos afirmado tantas veces, de que muchos de nuestros movimientos están dirigidos por gente que no sabe lo que tiene entre manos.

Largo y tendido podríamos hablar sobre los argumentos que se buscan haciendo incursiones en la vida privada de quienes se tiene interés en desacreditar, cosa que tan inoportunamente saca a colación Terrén. ¡Si cuando menos se dijera la verdad! Podemos demostrar que ha habido individuo con cargo de máxima importancia en la organización que pierde el tiempo afirmando dondequiera que va, que Pestaña tiene un hijo que se educaba en los jesuítas. Podemos probar que miembros de comités superiores han aprovechado y aprovechan todos, cuantos viajes hacen por Cataluña a cuenta de la organización, para desprestigiar, precisamente metiéndose en lo que se llama vida privada, a cuantos tienen la costumbre de cantar las verdades del barquero a quienes lo merecen. Eso no obstante, aguantamos impertérritos esta avalancha de mierda, sin que afirmemos que algún día no obliguemos a estos inmundos caracoles a meterse dentro de su concha por el efecto de unas cuantas verdades.

Unas palabras, por hoy las últimas, sobre *la milagrosa conversión* de Terrén. Puede ser que en ella haya tenido parte el estudio, la experiencia y la observación, pero algo más habrá de índole menos espiritual, que sabe muy bien Terrén, y que nosotros no tenemos mayor interés en divulgar. Y no hable de «aprendices de político» el politiquillo federal fracasado; sabe muy bien que ni por la puerta de servicio pudo entrar en el palacio de la farsa democrática y que no fueron precisamente sus *ideales anarquistas* lo que se lo impidió. Aquí somos *lo que somos, sin tartufismo, y de nuestra* moralidad responde nuestro pasado, *en el cual siempre renunciamos a nuestro* bienestar material, si tenerlo implicaba supeditar nuestra actuación a mandatos y a imposiciones extraconfederales.

Por hoy, basta.

PARADOJAS PRÁCTICAS

En la sesión celebrada en las Cortes el día 23 del pasado mes de diciembre, se discutió el artículo 44 de la ley de Presupuestos para el año 1933. En este artículo se trataba de burlar el 26 de la Constitución, en el que consta la extinción total del presupuesto de culto y clero que ascendía a la cantidad aproximada de ochenta millones anuales, en el término de dos años, a partir del momento de ser votada. Con el artículo 44 se incluía el clero como servicio oficial del Estado, por lo que se obligaba al mismo, al colocarle en excedencia forzosa en virtud del artículo 26, a pasarle un auxilio en calidad de excedente.

El diputado Baeza Medina presentó una enmienda, que fué aceptada, rechazando el artículo 44 por contradecirse en el constitucional.

Los diputados que defendían el artículo ley de Presupuestos razonaban su defensa en el hecho de que habiendo sido siempre la Iglesia católica religión oficial del Estado, el clero ha de ser considerado como elemento activo al servicio del mismo, y, por lo tanto, con derechos, como los demás funcionarios, a percibir la cesantía.

Cosa natural cuando se presentan a discusión asuntos de esa naturaleza, no faltaron las notas sentimentales sacando a relucir el estado *mísero* de los curas de aldea. ¿Qué sería de ellos si el Gobierno les negaba todo apoyo? ¿En qué situación quedaban esos parias de la Iglesia? ¿Cómo ahogar los gritos de la conciencia cuando les acusara de ese crimen jurídico? Ya Lerroux declaró en un mitin famoso celebrado en la Monumental, que la República estaba obligada a velar porque esos *desheredados* no perecieran de hambre al intentar llevar a cabo la laicización del Estado. Tenía que ser humana, bondadosa; y esa bondad tenía que manifestarse tendiéndoles la mano en ayuda de su miserable situación. Guerra del Río, jefe de la minoría parlamentaria, para que no se interpretara al votar en contra de la enmienda que hacía causa común con los elementos de la derecha, optó por retirarse. En el fondo era la fidelidad al pensamiento reaccionario del jefe político.

Este incidente parlamentario sugiere un sin fin de reflexiones. Mientras los diputados elegidos por votación popular, se deshacen en lágrimas—es una metáfora—porque los representantes de Cristo tal vez sientan las repercusiones del desamparo oficial, en España son cientos de miles que no tienen un pedazo de pan que llevarse a la boca. Recorramos todas las provincias; detengámonos en los barrios obreros de las capitales y veremos la tragedia diaria de esta clase social lanzada a la miseria y a la desesperación por carencia de trabajo. La lógica más fundamental aconseja que la justicia se administre en partes iguales. ¿Y qué cesantía cobramos los artífices de la riqueza nacional? Un insignificante empleado municipal, que la mayor parte del día se la pasará en una completa inutilidad, tendrá derecho, si ha pasado a ser de plantilla, a percibir x pesetas diarias, en caso de que sus servicios no sean necesarios. Un funcionario del Estado, ocupado cuando más seis horas en la oficina de un departamento cualquiera, le garantiza una buena vejez a fin de que los últimos días de su vida no sean empañados por la inseguridad económica. Un militar, sea sargento o general, lo mismo da, dedicado a una profesión perjudicial, recibirá retiro cuando deje las armas. ¿Y qué no diremos de la policía, guardia civil y de asalto, que en nada contribuyen a la prosperidad económica de la Nación?

Los representantes del pueblo en las Cortes, todos los días claman por la inviolabilidad de la Ley. Si algún sector social se levanta para tomarse justicia, lanzan el grito al cielo y amenazan con toda clase de castigos a los que así osan rebelarse a su autoridad. Pero ellos se distribuyen bonitamente mil pesetas mensuales para que las torturas del hambre no les obligue a colocarse al margen de la Ley como vulgares delincuentes.

No hace mucho tiempo leí en la prensa diaria una noticia fríamente telegráfica, pero de un dramatismo singular, en l aque una madre, acuciada por el hambre, se ció obligada a ¡Vender! a dos hijitos de corta edad, pereciendo ella a los pocos momentos. Y son frecuentes en la temporada de crudo invierno, las muertes de frío y de miseria. Y todas estas

POR EL DERECHO A LA CRÍTICA

La persecución de los nuevos herejes...

La historia se repite. Desde miles de años, en diferentes épocas y en distintos pueblos del mundo se viene repitiendo, en formas variadas y adoptando nombres diversos, la persecución de los hombres libres por los sectarios de las religiones, doctrinas y sectas predominantes en el país o en determinada organización.

Y la religión cristiana, que empezó a propagarse con el ejemplo del amor al prójimo y el signo de la paz entre los hombres, combatiendo a los explotadores y tiranos de los humildes, una vez triunfante y que sus sacerdotes comparten el poder con los emperadores y príncipes de la tierra, no solamente bendicen la fuerza entre los pueblos y justifican la explotación y la esclavitud de que se hace víctimas a los pobres, sino que declaran y condenan como herejes a los disconformes, a los que disienten de su manera de interpretar las doctrinas y a los que se rebelan contra su poder omnímodo. Los perseguidos y martirizados por emperadores vesánicos como un Nerón, llegados al poder, persiguen y queman vivo al sabio Giordano Bruno, condenan a presidio al famoso físico y matemático Galileo, se quema vivo al célebre médico Servet, se fusila a Ferrer, en una palabra, cometen miles y millones de injusticias y crímenes en la persona de los considerados y sus familiares. La historia de las sectas y de las religiones que han sido y han dominado sobre los hombres, está escrita con la sangre de millones de inocentes, de sabios y rebeldes, es decir, es un monumento informe y monstruoso, que nos causa horror a los hombres libres, respetuosos con las ideas y la libertad de los demás. Aquello fué la obra lamentable y trágica de la intolerancia y del fanatismo de gentes pobres de espíritu que se creían en posesión de la verdad absoluta...

Y también el ideal anarquista, que nosotros hemos bebido, con nuestro espíritu sediento de saber, en las fuentes purísimas y altas de sus primeros propagadores; que aprendimos en la noble obra y en el elevado ejemplo de su conducta a amar y a querer ardientemente las ideas anarquistas; en fin, los que hemos procurado, desde hace veintisiete años y desde nuestro humilde puesto de obreros manuales, seguir las huellas gloriosas, en el orden ideal y consecuencia anarquista, naturalmente, de Proudhon, Bakunin, Reclús, Faure, Kropotkine, Malatesta, Molinari, Pedro Gori, Mella, Lorenzo, Tarrida del Mármol, Fermín Salvochea y otros prestigiosos teóricos del anarquismo, nos vemos tratados en la actualidad por los sectarios de la nueva *divinidad* como enemigos de la comunidad; se nos persigue implacablemente y se pretende hacernos la vida imposible. Somos tratados como réprobos; pues se nos considera como herejes y la persecución desencadenada contra los nuevos herejes..., va revistiendo caracteres alarmantes y puede alcanzar proporciones insospechadas.

El anarquismo propagado y defendido por los citados maestros, se caracteriza especialmente por la máxima tolerancia y respeto a las ideas que puedan sustentar los demás hombres; sobresale precisamente por el gran respeto que tiene a la personalidad humana y por ser la más firme garantía de la libertad del individuo dentro de la colectividad. Es la aspiración más perfecta, más noble y más libre de la humanidad superior, hacia la cual camina la historia. Y siendo esto el anarquismo, ¿cómo se explica que los que hoy desempeñan los cargos de Junta y Comités confederales en la organización obrera de Barcelona, que se llaman anarquistas, nos nieguen el derecho a disentir de sus opiniones, a discrepar de su punto de vista y a criticar su actuación? Si la crítica ha sido para el anarquismo el arma más formidable y destructora, empleada contra el poder de las religiones, de los falsos sistemas filosóficos, del Estado y del régimen burgués, ¿no es un verdadero absurdo pretender en nombre de esos mismos principios anarquistas el hacernos objeto de vejámenes y de expulsiones por el *delito* de opinión? ¿Se quiere contradicción más absoluta entre las teorías anarquistas y el proceder autoritario de esos elementos de la F. A. I. que amparados en los cargos confederales, expulsan a los Sindicatos y condenan al paco del hambre, como lo haría el más bajo de los burgueses, a los camaradas disconformes, que, en uso de un indiscutible derecho, critican una actuación sindical que consideran equivocada y perjudicial para los intereses de la clase trabajadora?

Los que proceden de manera tan absurda y contradictoria, nos acusan, entre otras cosas, de hacer una labor de *desorientación* y de *confusionismo* en los medios sindicales. ¿Es esto cierto? Nosotros sostenemos que no dicen la verdad. Es más, afirmamos que los que vienen sembrando la desorientación y el confusionismo en los medios confederales desde el advenimiento de la República, son los llamados anarquistas que confunden lamentablemente el anarquismo, ideal humano, con el sindicalismo revolucionario, ideal de clase, de realización inmediata. Nosotros afirmamos que los que están sembrando la desorientación y el confusionismo entre los obreros, son precisamente los que pretenden, vana pretensión, convertir una organización de clase, que se constituye obedeciendo a necesidades económicas, en una organización de tipo anarquista, que es agrupación de afinidad ideológica. Y nosotros afirmamos que los que están sembrando la desorientación y el confusionismo entre la clase trabajadora, son, sin duda, los que confunden lamentablemente la revolución social con un golpe de audacia, de tipo marcadamente político, y que sueñan constantemente en revoluciones a plazo fijo, como si se tratara de una representación teatral.

Nosotros decimos que en el Sindicato obrero caben todos los asalariados y todos los que viven del producto de su trabajo, sin distinción de ideas políticas, religiosas y sociales, para luchar unidos contra el capitalismo y el Estado, instrumento político de la burguesía; nosotros sostenemos que las ideas anarquistas no se pueden imponer a los individuos ni a las colectividades, sin negarse de la manera más absoluta a sí mismas, sino que se deben propagar para convencer a los hombres de su gran bondad y de la justicia que en sí encierran; y nosotros afirmamos que la revolución social se producirá en España en el mismo momento que la mayoría de los obreros, organizados o no, mejor que lo estuvieran, lo deseen; es decir, que la transformación económica, política y social de la sociedad española será una evidente realidad cuando la inmensa mayoría de los productores del país sientan de verdad el vivo deseo de destruir el actual sistema capitalista, y que estén animados del firme y sano propósito de organizar la producción y el intercambio sin amos ni tiranos. En una palabra, nosotros no vamos jamás al Sindicato a imponer nuestro punto de vista sobre una cuestión cualquiera, ni hemos pretendido nunca por la fuerza que otros participen de nuestras apreciaciones respecto a no importa qué problema, y hemos tenido siempre por norma procurar convencer a los demás de la bondad y de la justicia de nuestro ideal de liberación humana.

Y como siempre hemos respetado las ideas de los demás en el seno de la organización confederal cuando nos hallábamos al frente de cargos de responsabilidad y nos sometíamos gustosos a la sana crítica de nuestra actuación, ahora, nadie, absolutamente nadie, y menos en nombre del anarquismo, nos puede impedir que ejerzamos nuestro innegable derecho a la crítica de ciertas actuaciones sindicales que reputamos equivocadas y que han causado graves quebrantos a la Confederación Nacional del Trabajo. Y si a pesar de todo, se empeñan en proseguir la persecución de los nuevos herejes..., no olviden los *sacerdotes* de la *nueva divinidad*, que la verdad siempre se abrió paso y que al fin triunfó sobre el sectarismo y el poder de los *dioses*...

FRANCISCO ARIN

El Sindicato es la única arma con que cuenta el proletariado para luchar contra la Sociedad capitalista. Los partidos, cualesquiera que sean quienes los constituyan, son los enemigos del proletariado; constituyen, si se llaman proletarios, los cuadros de dictadores que mañana estrangularán la obra de los Sindicatos. Compara, camarada, las consignas de los partidos con las de tus organizaciones de clase, y advertirás en seguida la «calidad autoritaria, dictatorial», de las primeras.

∴

Las discrepancias en el seno de la organización no pueden ni deben hacer florecer la planta venenosa del jacobinismo. Los que apelan a la violencia para dirimir los problemas de orden interno, son los enemigos de la organización, de la libertad y de los intereses del proletariado.

Importante

Podemos servir ya ejemplares de «Problemas económicos de la Revolución Social-Españolas», del camarada Pedro R. Piller (Gastón Leval). Prólogo de Luis Fabbri.

Precio: 3 pesetas. Pedidos a esta Administración.

Cuestiones del agro extremeño

Va a hacer muy pronto treinta años, en el venidero mes de mayo, cuando, en el «Obrero de Badajoz», periódico anarquista que fundara Montalván y en el que escribíamos unos pocos extremeños, publicaba yo un artículo donde me quejaba, ingenuamente, de que nadie se ocupara de los infinitos problemas de la Región Extremeña. Entonces, esta región, los tenía tan agudizados como hoy; pero entonces, España entera estaba bajo el bárbaro caciquismo que naciera al conjuro del famoso pacto del Pardo, y cuantas voces y clamores se elevaban caían en el vacío... Sabido es que a los partidos turnantes, sólo les interesaba el sostener una dinastía abyecta; mantener el privilegio de la Iglesia—más que de la iglesia, del clericalismo cerril torquemadesco—, de la banca jesuíta, de la aristocracia, de un ejército de espinazos quebrado ante las gradas del trono y de los latifundistas. Estos, eran los reyes absolutos que campaban por propia voluntad en toda la región, gracias a la máquina caciquil que construyeran para su provecho. El cacique era el rey, y el cura, su consejero.

El cacique, latifundista, dueño indiscutible del poder político, impedía la castastración que le obligara a contribuir al Estado con lo que le correspondiese; hacía un descarado monopolio de las riquezas territoriales, forestales y pecuarias, imponiendo fabulosas rentas.

Respecto a las tributaciones que el latifundista deja de pagar al Estado, sólo en Andalucía y Extremadura, bien podríamos calcular, sin temor a equivocarnos mucho, que se aproximarían a los ochocientos millones de pesetas al año, ya que estamos seguros de que se oculta a la catastración más de medio millón de hectáreas; en cuanto a las rentas que cobran los latifundistas, basta señalar los datos siguientes:

En Navalmoral de la Mata y Perolcda, la fanega de tierra que da 7 u 8 de trigo, cobra el propietario 4 y 5 de renta; en Mérida, la que da 14 o 16, cobra 8 y 10; en Guareña, se llega a cobrar hasta once...

∴

Y así, en esas mismas circunstancias, llega a estar Extremadura en los momentos actuales. De nada ha servido la aparente transformación político-social de que tanto blasonan nuestros flamantes republicos de todos los colores, incluso los socialistas, no obstante, *la buena fe* que los anime, ya que, si en verdad desaparecieron los antiguos partidos políticos, no es menos cierto que sus componentes integran los nuevos: *echar el niño nuevo en aguas viejas*, que diera Pestaña en su conferencia última del Ateneo ciempiñeo de Madrid. Ahí tenéis, si no, a los grandes terratenientes engrosando las filas de Acción Republicana, del partido radical, del republicano conservador de Maura el chico, cuyo programa de gobierno se condensa en el famoso *Testamento político* de su padre, de Maura el grande, el de el 1909, el del fusilamiento de Francisco Ferrer Guardia...

¿Qué importa la tan elogiada Reforma *agria*, como los campesinos zumbones de Guareña la llaman, ni la intensificación del cultivo; si todas esas zarandajas en las que tienen pocas esperanzas y menos fe estos mismos campesinos a quienes es muy difícil engañar? Ellos han leído cuanto el Gobierno de la república ha hecho en leyes en este sentido, y, a medida que las han ido leyendo, con esa gracil zazurronería tan característica en el «país de los castúos», se han ido haciendo las siguientes preguntas: Y bien, ¿tendremos tierras? ¿qué cantidad y en qué condiciones nos las darán? Eso de las expropiaciones «sin indemnización» ¿a qué cantidad alcanzará? ¿será cierto? Porque eso de expropiación «sin indemnización», los señoritos bienes comunales, cicatera, etc., pero pagar a sus actuales poseedores las mejoras efectuadas en ellas, no lo vemos muy claro; ni eso de las aparcerías con el apoyo pecuniario de 300 pesetas y 75 por 100 insuficiente del Estado; ni esa facultad del terrateniente de elegir sus aparceros; ni eso de ajustar la renta al líquido imponible, sin antes hacer una revisión honrada, mejor que honrada, controlada por el sindicato, del catastro; porque se pudiera dar el caso—se están dando—de que los terratenientes, si antes se oponían con su influencia a la catastración porque en la ocultación estaba el fraude, es muy posible que, hoy, ellos mismos se eleven el líquido imponible por percibir más rentas. ¡A ver, señor ministro de Agricultura; investigue usted algo en este sentido...!

¡Bah, bah! Esta Reforma *agria* no nos convence; no tenemos esperanza en ella. La Reforma que nosotros queremos y la que, en realidad, necesitamos es simplemente que se expropien los terrenos de señorlos, sí; y los bienes comunales, y los latifundios todos, «sin indemnización»; pero sin indemnización verdad, no con taparrabos, y se los den a los municipios y éstos a su vez a nuestros sindicatos. Esta sería la verdadera reforma agraria, y no *agria*, como nos van a resultar las que después de tanto prometer nos van a servir nuestros flamantes republicanos en compañía de los discípulos de Marx.

Así hablan los campesinos extremeños, y, en particular, los de

Guareña, fin del año 32.

SANTOS BEJARANO MERINO

A PROPÓSITO DE UNA CONFERENCIA

Momentos de sinceridad

El camarada Angel Pestaña ha pronunciado días atrás una conferencia en el Ateneo de Madrid que ha levantado hondo revuelo y espesa polvareda en los medios confederales. Los comentarios han sido pródigos hasta el exceso y para todos los gustos. Quien más, quien menos, se ha creído en el deber de opinar en pro o en contra de un discurso, que para nosotros ha tenido la importancia de señalar la hora de la sinceridad y la franqueza. Se podrá estar de acuerdo o desacuerdo con las afirmaciones hechas por Pestaña, pero sería estúpido negar el valor, que en estos momentos, han tenido tales palabras.

Porque no se trata de un discurso más, en el que se ha expuesto un criterio mejor o peor acertado; se han hecho afirmaciones rotundas y categóricas que han demostrado, sobre todo, que tras de Angel Pestaña hay un sector que, sin claudicar de los ideales en los que se fundió su espíritu de luchadores, sabe atemperarse a la realidad y ante la proximidad de un hecho, que ha de tener consecuencias insospechadas, afirma que, por desgracia, existen una gran cantidad de obstáculos, superiores a nuestra voluntad, que impiden el que podamos demostrar que las teorías anarquistas no son un sueño irrealizable. El compañero Pestaña no ha renunciado ni ha perdido su fe revolucionaria porque haya dado todo el valor que merece al sindicalismo.

No se merece el calificativo de apóstata un hombre que sostiene, honradamente, que el pueblo español se encuentra hoy, incapacitado para vivir en pleno Comunismo Libertario. ¿Quién que tenga dos dedos de sentido común puede de probar lo contrario?

No se arguya que los trabajadores hispanos se hallan disgustados y deseosos de conseguir lo que se les prometió en tiempos de elecciones y que por lo tanto no pueden aguardar más; no se emplee, tampoco, como argumento, el hecho de que la llama de la insurrección ha prendido en todos los pueblos de España y que esto es causa de que vayamos a la revolución y sobran ante hecho tan importante todos los peros que se puedan oponer. Indudablemente, las cosas han llegado a un extremo en España del todo punto insoportable; creemos, firmemente, que la revolución es inevitable. Queramos o no, a ella estamos abocados por el empuje arrollador de las masas hambrientas que, decepcionadas por los demagogos de todos los colores, han perdido la fe en lo que los políticos puedan hacer. Pero este hecho no quiere decir—y aquí es donde comienza la discrepancia—que los trabajadores se encuentren en las suficientes condiciones para realizar y plasmar el Comunismo Libertario. Lo impide, el que lo puedan hacer una falta de preparación y un cúmulo de prejuicios que no puede barrerse en un día.

Las masas obreras se mueven, hoy, a impulsos del egoísmo y la desesperación, pero no obedeciendo a una profunda y honda convicción.

Cierto es que se ha llevado a cabo una intensa propaganda; pero esta propaganda ha servido, más que para avivar y caldear en mayor grado, el descontento existente en España desde hace año y medio. Por lo demás, hemos de negar que nos encontremos en vísperas de vivir el Comunismo Libertario; y no queremos con esto marchitar las esperanzas que ha puesto el pueblo en su destino, sino que obedecemos a nuestros deseos de mostrarnos sinceros en todo momento.

Lo repetimos, e insistimos en ello: la situación caótica que atraviesa España; la política torpe y equivocada que el gobierno republicano realiza; las arbitrariedades que diariamente se cometen con los trabajadores; el no haber dado satisfacción a éstos en sus más íntimas reivindicaciones, ha hecho que hoy nos veamos arrastrados por los acontecimientos y que aun en contra de nuestra voluntad, nos preparemos a ser los árbitros de la nueva situación que no ha de ser todo lo lisonjera que nosotros quisiéramos.

Pestaña ha previsto todo esto y ha tenido la valentía, valentía que le honra, de vaticinar que la revolución española la ha de seguir cursos un poco distintos de los que esperábamos.

Al mismo tiempo ha demostrado poseer un alto concepto de la responsabilidad al colocarse en el lugar que se ha colocado; un hombre como él, que ha luchado día tras día por el triunfo de las ideas que encarna la C. N. T., que durante años y años ha simbolizado el espíritu de la organización confederal, ha cumplido con su deber al escoger la posición que los *pontífices* del anarquismo le censuran. En estos momentos difíciles, Pestaña se ha expresado con una sinceridad, que le costará la impopularidad, pero que demostrará, no tardando, que lo expuesto por él en la tribuna del ateneo madrileño y defendido por todos los camaradas que con él coinciden, es lo que ha de suceder en España pese a los que alborrados de un estúpido dogmatismo se empeñan en demostrar lo contrario.

No habiendo, pues, ni claudicaciones, ni traiciones ni apostasías, ha habido tan sólo la crencia de que la revolución española no marcha a impulso de las ideas, sino que es guiada por el descontento y la miseria de un pueblo vilmente engañado. Reconozcamos, pues, esta realidad y de acuerdo con ella laboremos y empecemos todos, absolutamente todos, a expresarnos con la misma sinceridad que lo ha hecho el hombre a quien se le podrá acusar de que simboliza la tendencia conservadora de la revolución, pero al que es injusto acusarle de traidor y apóstata.

OSCAR

NUEVAS EXPULSIONES

La imposición del "trágala"

De «Solidaridad Obrera», de 1 de enero, reproducimos lo siguiente:

«SECCION LAMPISTAS

»Ponemos en conocimiento de todos los lampistas y de todos los metalúrgicos y compañeros en general, que en virtud del acuerdo tomado por la Metalurgia, en asamblea general del Ramo, de expulsar a los firmantes del manifiesto de los denominados «treintistas» y simpatizantes, la Sección de Lampistas, en asamblea general celebrada el día 28 de diciembre tomó el acuerdo de expulsar a Francisco Alemany, por haberse manifestado ya varias veces simpatizante y firmante moral del manifiesto, pues sostiene que si no ha firmado es porque los «treintas» no le pidieron la firma, pero que si mañana volvieran a hacer otro manifiesto y le dejaran, firmaría; pasando a ser el treinta y uno. Lo que publicamos para que la opinión esté en antecedentes de este cuestión.—*La Junta.*»

Una apostilla por nuestra parte al escrito preinserto. La Sección de Lampistas se compone de 4.000 afiliados. La asamblea general, a que tan cómicamente se alude, constaba de 22 individuos; de ellos, 14 se pronunciaron en pro de la expulsión y 8 en contra.

Huelgan los comentarios.

∴

Ahora, a otra cosa.

El compañero Juan Dinarés pertenece al Sindicato del Ramo del Transporte, Sección del Arte Rodado. Es uno de los treinta firmantes del manifiesto. Tiempo atrás, un tal Cebolla se permitió, en un artículo aparecido en «Sol», insultar y calumniar a nuestro compañero. Este, anarcosindicalista, y por consiguiente partidario de la acción directa, pidió las debidas explicaciones a Cebolla; como éste no se hallase en sazón para darlas, recibió, a cambio, las del compañero Dinarés.

Una asamblea de militantes acuerde la proposición que el 1 de enero el Sindicato ha hecho suya en asamblea del Arte Rodado. El acuerdo consiste en inhabilitar al compañero Dinarés, para el ejercicio de cargos y la suspensión de la facultad de emitir voz y voto. Se le han retirado todos los derechos y se le ha dejado una obligación: la de cotizar.

La C. G. T. S. R. francesa y nuestra C. N. T.

RESOLUCIÓN APROBADA POR LA COMISION ADMINISTRATIVA DE LA CONFEDERATION GENERALE DU TRAVAIL SYNDICALISTE REVOLUTIONNAIRE, DE FRANCIA, EN SU REUNION DEL 12 DE DICIEMBRE DE 1932

La Comisión Administrativa de la Confederación General del Trabajo Sindicalista Revolucionaria, teniendo conocimiento de diversos documentos sobre la situación del movimiento revolucionario en España, envía un saludo fraternal y entusiasta a la Confederación Nacional del Trabajo, único organismo capaz de dirigir al proletariado español por el camino de la revolución social hacia la emancipación integral de los trabajadores del campo y de la ciudad.

Tiene confianza en que la Confederación Nacional del Trabajo empleará todos los medios conducentes a unir en su seno a todos los elementos revolucionarios del país, sean cuales fueren las tendencias personales e individuales de sus militantes, siempre que quede perfectamente establecido que la revolución española ha entrado en su fase activa y decisiva y tiene que ser antipolítica, antiticlatorial y antiestatal.

Espera que todos los anarquistas y anarcosindicalistas españoles, fraternalmente unidos sobre esas bases en el seno de la Confederación, lejos de mermar, con querellas de familia la potencia y la fuerza revolucionaria del organismo confederal, tendrán empeño en encontrar una base amplia y fecunda que permita a todos encaminar sus esfuerzos al mismo fin: la revolución social expropiadora.

Hace votos porque la A. I. T. que tiene el deber de coordinar las actividades revolucionarias de sus centrales en el terreno de las luchas comunes, se ocupe más de cuanto lo ha hecho hasta el presente del problema español y esté en contacto directo con la C. N. T. y le recuerde la profunda influencia que su actividad ejerce en el proletariado y, por consiguiente, la enorme responsabilidad que le alcanza en el desarrollo victorioso de la revolución social.

Número suelto: 15 céntimos
Precio para los paqueteros: 10 céntimos ejemplar

CULTURA LIBERTARIA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:
España, Portugal y América. . 2'00 ptas. trimestre
Demás países . . . . 3'50 ptas. trimestre
Paquete de 25 ejemplares 2'50 ptas.

NOTAS

LA CURVA PELIGROSA

Ni un solo momento ha sido posible enjuiciar con alteza de miras la posición adoptada por los militantes que firmamos el manifiesto llamado de los treinta. Desde entonces, a tenor de los acontecimientos más destacados, se han ido urdiendo leyendas y más leyendas, en las cuales los treinta aparecían como unos renegados.

Pero los hechos, más fuertes, más elocuentes y aleccionadores que las palabras, en el transcurso de los meses—cortos en sí, pero ricos en acontecimientos—arrojan tanta luz sobre este problema, que bien valdrá la pena el subrayarlos para ver si, de una vez, los *ciegos* que no quieren ver se deciden a hacerlo. A la vez, precisa que, los mismos que suscribieron aquel manifiesto, recapaciten sobre la responsabilidad que contrajeron.

Nos apresuraremos a señalar dos peligros. El que se deriva de los representantes de la F. A. I., y el que se deriva de la nuestra.

La táctica de la F. A. I. conlleva el peligro del hundimiento de la C. N. T., única organización revolucionaria con que cuenta el proletariado español. Peligro éste señalado a tiempo. Y por nuestra parte, existe el peligro de que nos encerremos en la idea de «independencia sindical», perdiendo de vista los problemas latentes de la revolución.

Es necesario puntualizar.

* *

Recordamos ahora el 1.º de mayo del 31. Quince días solamente habían transcurrido desde la implantación de la República, cuando la F. A. I. inicia su táctica, negativa a todas luces: el intento de colocar en los balcones del Palacio de la Generalidad la bandera roji-negra, emblema hasta entonces inédito en las manifestaciones del proletariado español. Afanes de heroicidad, que podían ser muy loables desde un punto de vista personal, partidista, pero que considerándolo como una pauta revolucionaria, no tenía pies ni cabeza. ¿Qué se perseguía con aquella empresa? ¿Prestigiar al anarquismo, colocándolo abiertamente en ridículo ante la realidad latente en España? ¿Se perseguía, acaso, volcar todo el fervor que en aquellos momentos sentía el pueblo español por *su* República, contra el anarquismo y la C. N. T.? Y las preguntas fluyen a nuestra mente como un raudal infinito. Pero las preguntas han de dejar paso a las realidades.

A este hecho, sucedieron otros, imposible de citar en un artículo. Citaremos solamente lo acaecido con motivo de la celebración del Congreso extraordinario, o sea la simultaneidad con el mismo Congreso de la F. A. I. Si el 1.º de mayo esa minoría se puso contradictoriamente frente a la República, en Madrid se ponían abiertamente contra la C. N. T., pues aquel Congreso, que constituyó una coacción permanente contra el libre criterio de los sindicatos que acudían al Congreso después de tanto tiempo en que toda la organización no se había podido reunir, era la más formidable inmoralidad sindical, puesto que era un descocado insulto a la personalidad de la Confederación. ¿Para qué el Congreso extraordinario, si después lo que tendría que hacerse, tenía que ser lo acordado por la F. A. I.? ¿Para qué por ejemplo—es uno de los muchos que hay—, se tomaba el acuerdo de recaudar los fondos para sacar el diario confederal en Madrid, si después, por bajo cuerda, se procuraba que aquellos fondos fueran destinados a otros menesteres? ¿Era esto federalismo? ¿Se procedía honradamente? ¿Estaba *todo aquello*, de acuerdo con la voluntad manifestada en el Congreso extraordinario de la C. N. T.? ¿No era ésta la suplantación de la voluntad de los trabajadores, por la voluntad de los grupos? ¿Quién será capaz de negar estos hechos?

Y así fué tomando cuerpo el divorcio de la masa confederal con la minoría dirigente. Y quienes no estuviéramos de acuerdo con esta táctica, ¿qué teníamos que hacer? ¿Obedecer ciegamente como autómatas? ¿Tolerar el secuestro de la voluntad confederal? He ahí, pues, la razón fundamental del manifiesto firmado por treinta militantes. De ahí nuestro reformismo y todo lo demás.

Irritados como vulgares dictadores, se concitó toda la furia contra unos hombres que tenían el rasgo de defender el principio de independencia, o sea lo consubstancial a la C. N. T. y al anarquismo.

Este problema de inmoralidad interna, es una cosa. La interpretación del hecho revolucionario, era otra. Se ha pretendido confundirles para presentarnos como contrarrevolucionarios, y ahora toca a nosotros demostrar de parte de quién está el contrarrevolucionarismo.

Desde entonces, acreció la crítica, siempre dura y áspera, contra nosotros. Era preciso desplazarnos de cargos. Expulsarnos de la militancia en las filas confederales. Y cuanto más se daba pábulo a esta crítica, nosotros nos apretábamos en una línea de defensa, teniendo por escudo la idea de la independencia sindical.

La primera aparición seria de la táctica, fué Figols. La organización confederal no sabía una palabra de aquellos hechos. Sorprendida, y obligada a intervenir en el epílogo de triste recordación, lo hizo para cosechar el trallazo del insulto en su rostro. La torpeza de los *otros*, se cargó en la cuenta de los treinta. Ese episodio está por juzgar aún, y el estrago hecho en las filas sindicalistas es verdaderamente catastrófico.

* *

Coincidiendo con esta táctica de la F. A. I., al advenimiento de la República, es un hecho el bloqueamiento de ésta por el alto capitalismo, la aristocracia, el clero y todas las capas sociales educadas en los principios absolutistas de la Monarquía. Es algo simbólico el hecho que sucede al alzamiento de Figols: la sanjurjada. ¿Era esto pura casualidad? ¿Obedecía al ritmo de nuestra historia? Sería difícil concretar. Pero a nuestra memoria acude otro recuerdo, que es una coincidencia más: A los quince días de República, ocurre lo del 1.º de mayo. Y a los veinticuatro días, el primer grito de los monárquicos en la Puerta del Sol, que da pie al incendio de los conventos.

Lo cierto, lo evidente, es que desde aquellos días puede constatarse el emparedamiento de la República. La posición de la izquierda no le permitía entregarse al obrerismo, pues el peligro de la derecha era inminente. Y lo mismo a la inversa. De ahí el empaque de legalismo, que es un contrasentido ante la realidad del pueblo español, y la propia tumba de la República, que cada día va estrechando más el círculo donde se mueve. Pues es inútil que la pequeña burguesía pugne por estabilizar el término medio. Es imposible, ya que el capitalismo español considera sagrado el principio de propiedad, que, por otra parte, la República considera vulnerable... aunque sólo sea en la Constitución de papel.

Desde el 14 de abril, pues, caminamos velozmente por una curva sumamente peligrosa. El capitalismo, pugnando por tener en sus manos todos los resortes del Estado, y, a tal efecto, procediendo al perfeccionamiento del engranaje estatal, cosa que va logrando paulatinamente. Y el proletariado, mal orientado, avanzando cada día más penosamente. Hoy puede decirse que se mueve en el estrecho círculo de las actividades de la F. A. I.

El movimiento treintista, como una reacción contra el camino equivocado, progresa lentamente. Pero como los hechos son más fuertes que las buenas intenciones, ¿quién puede negar que en este peligroso viraje, el capitalismo, brutal, nos quite del camino violentamente? ¿No sería esto, acaso, una repetición de nuestra historia? ¿Quién dejará de reconocer que la dictadura primorriverista fué posible después de que el proletariado quedó completamente extenuado?

Toda posibilidad revolucionaria, hoy más que nunca, descansa sobre una fuerte organización. Si no sabemos conservar, ejercitar, crear esta organización, la revolución será un hecho ilusorio. A crear esa ilusión en las masas, quizá, se consagró la F. A. I. Pero ella misma convirtió en infecundo su esfuerzo, al minar por la base el único puntal revolucionario: la C. N. T.

En buena lógica, su papel fué, es, seguirá siendo, contrarrevolucionario. No ha fortalecido los cuadros sindicales, y toda la asistencia que tiene hoy es de un pueblo hambriento, a cuyo pueblo no piensa darle de comer hasta después de la revolución. ¿Y puede ser el hambre el motor de la revolución en España? Mi conciencia me dicta que eso es un crimen, y yo digo que eso es un crimen.

La primera etapa de la revolución española, y esto es cosa que no debería olvidarse, es la conquista de la conciencia campesina. Verdad que hay hambre en las ciudades fabriles. Pero hay más en el agro español. Y a parte de que España es eminentemente agraria, la miseria por que pasan determinadas regiones de campesinos es hoy el principal foco del descontento latente en el pueblo español. ¿Ha de aprovecharse este descontento para hacer la revolución, o para enrolar a esta gran fuerza proletaria al carro confederal? Lo más revolucionariamente posible es esto último: el control del agro. Pero para ello se necesita admitir varias etapas en el proceso revolucionario. La F. A. I. las anula todas. No hay más que una: la revolución. ¿Es ésta la verdad? Difícil sería demostrarlo, no ya en hechos, sino ni en teoría.

Con independencia sindical o sin independencia, la revolución social es hoy imposible en España. El hecho concreto de una revolución social, no se dará, ni en España ni en ningún otro pueblo de Europa, sin una plataforma revolucionaria internacional. Ningún pueblo, ni del nuevo ni del viejo continente, podrá hacer la revolución aisladamente.

En mi concepto, si se mantiene en pie la dictadura italiana y portuguesa, es porque se amenaza con el artificio de una revolución social en el primer país donde al caer una dictadura se implante la República.

Los treinta, pues, tienen el deber de disciplinarse a la tarea de organizar prácticamente, logrando levantar el movimiento de masas, el período de penetración revolucionaria, estableciendo, por lo menos, la unidad del proletariado en Europa.

JUAN LOPEZ

LOS LIBROS

CRONSTADT (su significación en la revolución rusa), por Yarchuck. Prólogo de *Dionysios*. —Editorial «Vértice». Precio, 2 pesetas el ejemplar. Pedidos a esta Administración.

«Tanto en la Comuna de París como en Cronstadt, se ha comprobado de manera clara que la orientación en el sentido defensivo y la falta de claridad revolucionaria son fatales al desarrollo de la insurrección emancipadora.

Como la Comuna de París, Cronstadt tiene una importancia capital. El mundo que sufre y piensa ha obtenido la demostración de que la dictadura comunista y la revolución rusa son cosas antagónicas y que se excluyen recíprocamente. Cronstadt fué el primer intento de emanciparse de la tiranía del capitalismo de Estado, fué el primer paso hacia la tercera revolución, inevitable en Rusia.»

ALEJANDRO BERKMAN

El común de las gentes suele establecer opinión tocante a los productos del esfuerzo humano, ya sea éste individual o colectivo, teniendo sólo en cuenta los aciertos, desdeñando los factores quedados en la obscuridad y en el olvido; en éstas, como en otras muchas cosas, el vulgo es necio y chabacanamente aristocrático.

Un personaje de A. de Vigny tiene la ocurrencia de preguntarse al final de una batalla: «¿De cuántos cadáveres se compone una victoria?» Cuando un lector cualquiera se extasía saboreando las maravillosas producciones de Poe, Baudelaire, Dostowiesky, Balzac, es posible que ignore que estos hombres fueron unos insignes fracasados frente a la vida real. En cambio, los grandes caudillos de la historia no han sido más que vulgares histriones que, teniendo conciencia de su mediocridad para actuar en las tablas, hacen pagar a sus contemporáneos las consecuencias de sus improvisaciones.

Es cosa harto sintomática y significativa que las musas enmudezcan completamente en Francia durante el período que va del guillotinamiento de Luis XVI, a la proclamación de Carlos X. Los caudillos de la revolución francesa fueron individuos que en circunstancias ordinarias se hubieran dedicado al foro, al teatro, a la literatura, a los negocios, a incensar a los reyes. La primera producción poética notable de Lamartine fué para celebrar la coronación de Carlos X, lo mismo que Víctor Hugo también solicitó el socorro de las musas para igual urgente menester.

El lector perdonará lo disparatado de esta digresión, imputable a la influencia ejercida sobre mí por la lectura de la «Soli» y de los artículos de Gil Bel (o Blas, no el de Santillana, sino el de punto redondo) en C. N. T.

* *

Como muy bien dice Dionysios en el prólogo, este libro viene un poco tarde; lo que no quiere significar que sea inactual ni que haya perdido interés.

«Cronstadt es una isla pequeña, estrecha, de una longitud como de 12 kilómetros. La parte de Petrogrado está ocupada por la ciudad, el puerto y el embarcadero. La parte del norte, la del sur y la del oeste están sembradas de fortalezas en cuyo intermedio se extienden espacios de unos tres kilómetros». En tan reducido escenario se ventiló, durante cuatro años, el porvenir de la libertad en Rusia.

Cronstadt tiene características muy semejantes con la Comuna de París y parecidísimo fin al de ésta.

Kerensky, instrumento de los aliados, toma pretexto de la necesidad de sostener los frentes de batalla para enviar a la muerte a los sospechosos de hacer propaganda revolucionaria; y a la inversa, si el gobierno se veía amenazado, no vacila en traer tropas del frente para sofocar una posible rebelión. Viene la traición de Kornilov, auxiliado por Kaledin y la complicidad de Kerensky.

Kerensky, lejos de hacerles frente, intenta desarmar a Cronstadt que, una vez más, salva la revolución. Como Thiers, jefe del Poder Ejecutivo en 1871 cuando París estaba amenazado por los alemanes; como Poincaré durante la guerra europea, se van con el petate hacia Burdeos, así Kerensky, no viéndose seguro en Petrogrado, traslada el gobierno a Moscú... A todo esto, los «ases» del partido bolchevique no pensaban más que en la manera de cómo se desharían de los extremistas, tan pronto subiesen al poder. No era cosa de comprometer a los caudillos de la hoz y del martillo: había que reservarlos como elementos decorativos para las ceremonias del triunfo.

Arrojado del poder Kerensky, gracias al empuje de los cronstadtianos, los bolcheviques se hacen los amos de la situación. Conciertan la paz de Brest-Litowsk con los alemanes a fin de tener las manos libres para reprimir las autodeterminaciones de las masas, de establecer la dictadura *sobre* el proletariado, de constituir la guardia pretoriana llamada Ejército Rojo.

El aplastamiento de Cronstadt por Zinoviev y Trotzky sólo puede compararsele en ferocidad a las medidas de represión ejercidas contra los comunalistas parisienses por Thiers y Gallifet.

Las demasiadas contemporizaciones, las excesivas discusiones entre los cronstadtianos sobre la *forma* de gobierno a adoptar, les perdió: lo mismo que a los comunalistas. Ni unidad de plan, ni sentido concreto de clase, ni nada: improvisación, incoherencia. Les dieron el trabajo hecho a los bolcheviques que, tranquilos, aguardaron la ocasión propicia para salir de su escondite e imponer su dictadura.

Cronstadt y Gulai-Pole (Ucrania), son dos capítulos esenciales de la historia de la revolución rusa.

Trotzky, el asesino, fué el estrangulador de esos dos ensayos de instauración de la libertad integral.

G.

El Socialismo contra la autoridad

por ERDESTAN

El camino del poder político y sus miserias

De este modo, pues, a través de hábiles maniobras y merced a una deformación sistemática de las bases del socialismo, se consiguió llegar a poner en pie una doctrina y un movimiento socialista autoritarios, teniendo esencialmente por programa: la conquista del poder político por todos los medios.

Nada tiene de extraño que viésemos ingresar en esos movimientos a una porción de individuos, cuya fe socialista era más que sospechosa y habría que haber puesto en cuarentena, pero que se sentían especialmente dotados para ejercer el papel de jefes, ya que para conquistar el poder político, es evidentísimo que se precisan jefes. Así es como se formaron aquellos partidos jerarquizados, cuyo impulso no viene de abajo, sino que procede de arriba.

Tal fué el primer resultado de aquel «autoritarismo».

Una vez admitidos esos principios y métodos, no había ninguna razón para detenerse en el camino. Esos políticos tardaron muy poco en llegar a aceptar que ya en régimen capitalista era muy legítimo el introducirse en sus instituciones so pretexto de tener metido un pie dentro de la fortaleza burguesa, de influir, de aprender, de controlar, de combatir, etc. De este modo, poco a poco fueron adentrándose por los lamentables derroteros del parlamentarismo.

A este propósito, no dejaron de surgir divergencias entre ellos. Los más sinceros se asustaron ante las concomitancias y claudicaciones que iba a acarrear el electoralismo, pero de nada sirvió; el incentivo del poder, aun compartido con los capitalistas, era demasiado fuerte. No nos resistimos al deseo de citar un hombre reputadísimo en el clan de los políticos estatales. Se trata de Kautsky, una autoridad del socialismo alemán. En su libro *Parlamentarismo y socialismo*, escrito especialmente para barrer los últimos remordimientos de los antiparlamentarios, después de haber atacado por todos los medios el principio de legislación directa, Kautsky dice:

«Nosotros, alemanes y austriacos, tenemos otra cosa que hacer. Tenemos que empeñar una gran batalla contra el militarismo y el absolutismo; el peso de la lucha recae por entero sobre la socialdemocracia. La burguesía ha cesado desde hace mucho tiempo de ver en el parlamento el instrumento predestinado de su dominación de clase. Siente que es imposible mantener apartado al proletariado. Ella reconoce que está próxima la hora en que el proletariado conquistará en Austria el sufragio universal, el parlamento. Comprende que está perdida si el parlamentarismo llegara a ser un hecho.

Podía creerse que la lucha del proletariado por la dominación política tomaría la forma de una lucha por la destrucción del parlamentarismo. Hoy hácese cada vez más patente que esta lucha, al menos en el Este de Europa, es una lucha por el parlamentarismo contra el militarismo y el absolutismo.

Esto indica, por consiguiente, una nueva etapa (son innumerables en el camino del socialismo). Ya no se considera al parlamentarismo como una institución ligada al capitalismo y de la cual se hace uso, a mal andar, como medio de destrucción, sino como el camino natural y triunfal del socialismo. Por lo demás, es así, y no de otro modo, como lo comprendieron los partidos socialistas, y no solamente en el Este de Europa (1).

Esa forma de lucha implicaba necesariamente *el reformismo* en el cual se hundió cuanto el socialismo autoritario podía conservar de viril. Nadie piensa en negar el valor relativo de determinadas reformas: ley de las ocho horas, instrucción gratuita, etc., pero las reformas no son nunca más que mejoras secundarias arrancadas al capitalismo; no tienen otro valor que el de colocar al proletariado en mejores condiciones de combate contra la autoridad capitalista y para derribarla. Es harto evidente que el capitalismo no permitirá jamás que se toque a sus intereses vitales, sin defenderse por todos los medios, incluso el de una revolución de derecha, género fascismo.

Ahora bien, lo propio del reformismo es el considerar las reformas como fines, esperando transformar la sociedad sin salir de la legalidad. Conocidos son los resultados de esa política; el socialismo fué arrastrado a desviaciones inverosímiles.

Con el fin de extender a toda costa el reclutamiento de los jefes, la influencia política y la clientela electoral, hubo entre esos socialistas una verdadera puja de apostasías y de traiciones. Los ejemplos más típicos se los encuentra en Francia donde, desde muy temprano, los Millerand y tantos otros presentaron un socialismo que de tal no tenía ya más que el nombre. Para distinguirse de los grupos rivales, algunos tomaron el nombre de radicales-socialistas, republicanos socialistas, etc., pero, a decir verdad, su calidad no es apenas inferior a la de un Paul Boncour, miembro (2) del partido socialista unificado (S. F. I. O.), autor del más abominable proyecto de defensa nacional militarista que se presentara jamás a un parlamento. Para decirlo todo, señalemos que en Inglaterra, en Bélgica, en Alemania, en España y otras partes, no faltan hazañas de igual jaez que poder inscribir en el cuadro de honor del socialismo parlamentario.

* *

Paralelamente a esa evolución de la lucha por el poder, se transformaba oficialmente la concepción del Estado, ¡ese mal transitorio necesario...!

Sobre este punto, poseemos un documento, pequeña obra maestra en su género, debida a Emilio Vandervelde, uno de los jefes de la II Internacional y capitoste máximo del partido socialista belga.

Vandervelde posee, en alto grado, un conjunto de cualidades que hacen de él uno de los más hábiles políticos de la época; por eso no dejó de advertir la confusión y el equívoco marxista con respecto a la noción de Estado. Queriendo llenar los huecos y sacar de ello partido, escribió un libro que lleva resueltamente por título «El Socialismo contra el Estado». Tras la lectura de las citas en otro lugar ya mencionadas, podría conjeturarse que la obra en cuestión no es más que una requisitoria antiestatal, pero un político no ha dicho nunca su última palabra, y deja siempre abiertas las puertas para la escapatoria. Júzguese, sino, por lo que sigue:

"Abolición del Estado, ¿qué se dice con eso?

"Si se toman determinadas expresiones al pie de la letra, parece como que al hablar de la abolición del Estado, los marxistas prevean el paso, mediante una mutación más o menos brusca, de la dictadura proletaria a la anarquía, a la ausencia de gobierno. Pero miremos más de cerca...

"Importa, pues, precisar y decir una vez más que si, en una sociedad socialista, el Estado, órgano de autoridad, viese sus funciones reducidas al mínimum, el Estado, órgano de gestión, continuaría siendo el representante de los intereses generales de la comunidad...

Lo principal es que esta acción pro la conquista o pro la utilización del Estado no imposibilite la lucha contra el Estado considerado como órgano de dominación de clase...

"Por eso no se debe perder nunca de vista que, aun en el caso de que las principales industrias llegasen a ser incorporadas al dominio colectivo, el régimen del porvenir quedaría por crear, por la transformación del Estado, y que ese régimen no podrá ser creado más que por un proletariado militante, combativo, penetrado hasta los tuétanos de la injusticia de las condiciones sociales actuales y decidido a conquistar, por todos los medios, el bienestar y la libertad."

A lo largo de todo su libro, Vandervelde permanece dentro de la tradición marxista enfrente del Estado, respira en medio de un resfriado con la misma soltura que antes. Se puede, co ntodo, resumir su pensamiento del siguiente modo: Hay que apoderarse del Estado y transformarle en órgano de gestión. Desgraciadamente, Vandervelde no explica poco ni mucho qué es el Estado sin autoridad política. Sería tanto como intentar la cuadratura del círculo. Semejantes fórmulas no son más que paradojas demagógicas. Remitimos el autor a su maestro, quien repetía con insistencia que el Estado no puede ser otra cosa que un órgano de dominación económica y política. Sólo hay una cosa que Vandervelde sabe positivamente bien: hay que apoderarse del Estado, fuera de esto, se remite al «proletariado penetrado hasta los tuétanos», etc...

Es siempre la misma evasiva ante el obstáculo, y la obra de Vandervelde no tiene, en definitiva, otra finalidad que la de justificar indirectamente las peores prácticas reformistas y nacionalistas. Por lo demás, ese libro fué redactado durante la guera 1914-18 mientras que su autor, miembro del gobierno belga, se dedicaba, a retaguardia de las trincheras, a hacer jiras de propaganda para animar a los soldados a que fueran «hasta el final».

(1) No hace mucho, en pleno Parlamento, el ministro socialista Largo Caballero ha dicho que el socialismo no acepta la lucha de clases. Con posterioridad, I. Prieto, socialista igualmente e igualmente ministro, ha dicho que antes que socialista es ministro y que, como tal, está dispuesto a defender con la fuerza los intereses de las compañías ferroviarias contra las peticiones de los trabajadores.—*El T.*

(2) Actual jefe del Gobierno francés. No pertenece ya al partido socialista.—*El T.*

Tip. Cosmos.—Unel, C. Teléf. 1067.—Barcelona